

dos de intencionalidad, hicieron que la violentología no propusiera soluciones. Por eso, Bejarano cuestiona el informe que en 1987 la Comisión de Estudios sobre la violencia presentara al Ministerio de Gobierno. Sus conclusiones, en opinión de Bejarano, son ambiguas, al identificar violencia estructural y violencia intencional y dar por sentado que pesaba más la violencia común que la generada por la guerrilla y el narcotráfico. Para el autor, la "violencia estructural sólo transita hacia la violencia intencional de carácter político cuando se conforman sectores cuyo propósito es desarrollar el conflicto" (pág. 13). No fue suficiente, sostiene el autor, que los violentólogos hubieran puesto énfasis en la estrechez del espacio político o en la pobreza como causas de la violencia, porque esto sólo conduce "al énfasis en las reformas políticas o en la justicia social como el terreno más promisorio".



Para intentar una solución política del conflicto, Bejarano considera que se requiere sistematizar los elementos más relevantes en la perspectiva de una negociación: 1. La formación del conflicto; 2. El análisis de las incompatibilidades; 3. La conducta de los contendientes; 4. Los elementos de la formación de la paz. En cuanto al primero, Bejarano reconoce los logros de la violentología en la reconstrucción de las luchas campesinas que originaron los movimientos armados, en la elabora-

ción de biografías sobre los protagonistas de la guerrilla, sobre sus programas políticos, etc. Pero, en cambio, no se conocen a cabalidad las estrategias de expansión militar y territorial, los matices de la configuración interna de la guerrilla y los procesos de integración-desintegración de la unidad guerrillera, definitivos, según afirma, para la marcha de la negociación (pág. 17).

Bejarano enfatiza que en El Salvador no se dio el entrecruzamiento de violencias que se advierte en Colombia, y que esa nación centroamericana se distinguía por ser una sociedad militarizada distinta de la colombiana. Aquí cabrían algunas anotaciones.

Una tendencia militarista que despuntó a finales de la década de los setenta parece haberse generalizado, hasta el punto de que la sociedad colombiana de los noventa gira en torno a militarismos: ejército, guerrillas, paramilitares, delincuencia armada, narcotráfico. Por cuanto Bejarano afirma que no se trata en Colombia de una guerra de las dimensiones de la salvadoreña en 1992, son oportunos algunos comentarios. La guerrilla se ha apoderado de grandes extensiones, su dominio cubre el país entero y por tiempos paraliza la economía nacional. Son muchas las regiones donde el orden es el que la guerrilla impone, en la mayoría de los casos sin elección para los pobladores. Es justo reconocer que cuando los voceros guerrilleros afirman que hay un empate entre el ejército y ellos por no poder vencer el primero a los segundos, tienen sus razones. Si la razón estuviera de parte del profesor Bejarano, quien no comparte esa tesis, no estuviésemos viendo resultados, avances y crecimiento diario de los alzados en armas.

Nos parece que cuando se habla de involucrar a la sociedad civil en el conflicto armado no es para que los ciudadanos tomen posición en favor de la guerrilla o del gobierno de turno. El problema es cómo hacer para que el hombre común se manifieste. Es el pueblo quien debe participar con su voz, y no sólo con sus muertos, en la pacificación.

Hay otro aspecto en que pone a pensar el libro. Aunque el profesor Bejarano apela a la comparación, lo hace con los casos recientes de América Latina.

Hubiera sido útil, sin embargo, volver sobre experiencias en la misma Colombia. Sobre todo en un caso que, por haber tenido la presencia de los militares como auspiciadores de la paz es importante. Me refiero a la pacificación de los tiempos del gobierno de las fuerzas armadas. La paz se hizo entre militares y guerrilleros. Fue una iniciativa venida del gobierno. El general Alfredo Duarte Blum recorrió el país, se entrevistó con los alzados en armas, rindió informes sobre las condiciones en que se vivía en las zonas de influencia de la guerrilla y terminó jugándose las todas por la paz, el indulto, la amnistía y por la rehabilitación de los guerrilleros. Era otra guerrilla, dirán los generales de hoy, pero eran también otros militares. Es otro componente del conflicto que no ha participado en los procesos de paz de los últimos años. Son parte constituyente del conflicto de manera real y dramática.

CÉSAR AUGUSTO AYALA DIAGO
Profesor del departamento de historia
Universidad Nacional

La capacidad de innovación del patrimonio cultural

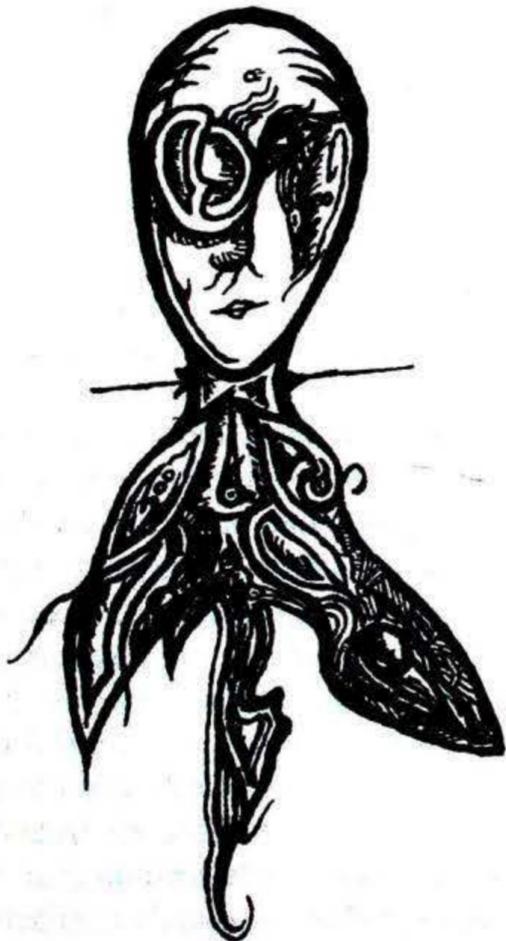
Pre-textos. Conversaciones sobre la comunicación y sus contextos

Jesús Martín Barbero

Colección de Ensayo Iberoamericano, Centro Editorial Universidad del Valle, Cali, 1995, 206 págs.

Ni el título ni la carátula en tonos ocres y poco contrastados de este libro alcanzan a presagiar la aventura que le espera al lector en sus páginas, pues se trata de un texto que, al mismo tiempo que interroga la vida cotidiana de los latinoamericanos, derrumba los lugares comunes desde los que usualmente se responde por esta vida y construye una nueva manera de darle respuesta. Y esto no se alcanza a vislumbrar en un título que pareciera convocar únicamente a especialistas de la comunicación, cuan-

do en realidad se trata de un contenido que les atañe a antropólogos, a historiadores, a filósofos, a agentes culturales, a restauradores, a administradores de la cultura, a críticos y también, obviamente, a comunicadores y periodistas. Este esguince entre título y contenido se presenta porque Jesús Martín Barbero en este libro plasma los procesos que lo llevaron a desplazar tanto el significado de la palabra *comunicación* como el objeto de la disciplina que designa. Y tal vez muchos lectores que sólo se detengan en el título asuman la comunicación como ese “modelo mecánico para el cual lo que está en juego son los emisores, receptores, canales, códigos, señales, aparatos” (pág. 67). Se trata sí de la disciplina, pero ahora su objeto de estudio es el lugar de la recepción, que ya no es sólo una etapa o un momento de la comunicación sino un sitio desde donde se piensa su proceso completo (pág. 67). En este nuevo modelo, el énfasis está puesto en las “prácticas sociales, esto es, en los espacios, los procesos y los actores de la comunicación [...] Se trata de un objeto que se redefine a partir menos de la teoría que de las prácticas, a partir de la vida cotidiana de la gente” (pág. 63).



¿Cómo hablar de prácticas sociales concretas? ¿Cómo comprenderlas, cómo mirarlas globalmente? Desde la

cultura (pág. 43), responde el autor, “que es el lugar donde las personas viven, dentro del cual las personas se colocan [...], por donde pasa lo religioso, lo sexual, lo poético, el dolor, la emoción, la devoción” (pág. 39). Desplazó el objeto de estudio de la comunicación y lo ubicó en la vida cotidiana de los hombres y mujeres que habitan América Latina. Pero no se quedó allí, porque ese nuevo objeto lo planteó bajo un imperativo que en él se constituye en una especie de obsesión vital:

¿cómo ayudar a enriquecer la experiencia cotidiana de la gente, a ampliar su visión del mundo, a acrecentar su tolerancia y su capacidad de convivir, su diaria cultura democrática? [pág. 137]

Los problemas que este investigador le plantea a la comunicación se mueven tanto en el ámbito de la cultura como en el de la democracia, tanto en el ámbito urbano como en el rural, tanto en el ámbito de lo culto como de lo popular. Problemas que surgen de “las hibridaciones y fragmentaciones que produce la vida urbana” (págs. 151-152). Por esta razón su reflexión se desplaza de una disciplina a otra, mezclando los compartimientos en los que usualmente se las separa y encierra. Por ello también muchos lectores, ajenos a esta orientación y que no pasen de la carátula, se quedarán sin sospechar lo que hay en las páginas de este libro.

El libro no recoge un solo texto acabado, con un contenido orgánico, sino un pensamiento en proceso, con todos los íres y venires que esto supone, pues se trata de entrevistas concedidas por el autor en diversos países de América Latina (México, Perú, Brasil, Argentina) entre 1986 y 1992 y de ponencias presentadas en diferentes ciudades de Colombia y publicadas luego dentro y fuera del país, entre 1987 y 1994. Pretextos que dieron lugar a varios textos escritos por el autor por estos mismos años: *De los medios a las mediaciones*, *Comunicación, cultura y hegemonía*, de 1987, y artículos como “Dinámicas urbanas de la cultura”, de 1995, “Secularización, desencanto y reencantamiento massmediático”, de 1995, “Pensar la sociedad desde la comuni-

cación”, de 1992, y “Comunicación y ciudad: entre miedos y medios”, de 1990, entre otros. Pero el libro es otro pretexto —ya sin guión—, pues su presentación fue el escenario que tuvieron directivas, profesores, colegas y alumnos de la Universidad del Valle para expresarle, a quien fuera su maestro por muchos años, gratitud y aprecio. En 1996, el libro fue reeditado en la Colección Básica de la Universidad del Valle, con modificaciones en su aspecto formal —diseño de carátula, papel, tipo de letra— sin variar el contenido.



Ese cambio de perspectiva que hace el autor, de mirar los procesos de comunicación no desde los textos y las teorías sino desde las calles, las plazas, las fiestas y los ritos, hace que explore nuevas metodologías y estrategias. Buscarle una tercera salida al pensamiento dicotómico podría ser una de ellas y podría ser también su rasgo más característico y su aporte más significativo. Al interrogarse desde la cotidianidad, con todas las ambigüedades y contradicciones del vivir de todos los días, estallan las oposiciones maniqueas y los lugares comunes fruto del pensamiento binario. Por ello en estas páginas no hay ni dominados ni dominadores, no hay víctimas ni victimarios, no hay enajenadores ni enajenados. Hay seducciones, complicidades, juegos de parte y parte que hacen que las situaciones sean finalmente de una manera y no de otra. “No todo en la cultura de los dominados es resistencia, ni todo en la

cultura de los dominadores es dominación" (pág. 49); esta manera de pensar es un reto, pues obliga a "plantearnos qué es en el dominado lo que trabaja a favor de la dominación, [...] a investigar los modos de dominación y las complicidades" (pág. 15). El autor dice que "es explicable la tentación que tenemos de creer que lo que fracasó —frente a la crisis del modelo de sociedad que estamos viviendo— es lo que vino de fuera, el modelo que no tiene que ver con nosotros, que tiene que ver sólo con lo que hay de imposición y no con lo que hay de complicidad" (pág. 52). En el caso de los proyectos de izquierda que se dieron en América Latina, hay que dejar de pensar que fracasaron por la presencia de agentes externos y "asumir las propias contradicciones y la propia estrechez de su proyecto" (pág. 41). En el caso de la dominación cultural, es necesario "romper con la actitud respetuosa, admirativa que nuestras clases populares sienten por la cultura de los dominadores, [...] sin privarlas de una producción cultural que, aunque ubicada en el proceso de dominación no es en sí misma dominación sino parte de la riqueza de la cultura de los otros" (pág. 49). En el caso de los receptores, dejar de señalarlos "como víctimas de la manipulación, de las artimañas, de la conspiración" (pág. 67), de la violencia que se transmite a través de los medios, y más bien tratar de comprender cuáles son las necesidades y carencias de nuestra sociedad que encuentran respuesta en esos mensajes, "porque ni el Estado, ni la sociedad civil, ni la Iglesia, ni la escuela han querido o han podido darle esas respuestas a las mayorías" (pág. 111), haciendo que, por ejemplo, la televisión se constituya en su alternativa vital (pág. 111).

Pero el autor no sólo rompe con los modelos para comprender lo que es comunicación, o con los lugares comunes que surgen de un pensamiento binario sino que hace estallar los estereotipos con que se suele hablar de la memoria cultural. Ésta no es una, con la mirada puesta hacia atrás —como siempre se ha presentado—, sino que tiene dos caras:

Una es la memoria del pasado y otra es la memoria de la que estamos he-

chos: esa parte de la memoria que está vinculada a lo que somos hoy, por tanto, a toda la ambigüedad, a toda la contradicción y a toda la búsqueda del futuro... [pág. 48].

¿Qué es lo que hay que conservar para ser fiel?, se pregunta el autor, y continúa: "no tanto la historia idealizada, sino una peculiaridad, una riqueza, pero sin que conservar signifique negarnos a desarrollar, a inventar, a cambiar" (pág. 48). "Porque la tragedia es que cuando hablamos y pensamos en patrimonio cultural, siempre hablamos de algo que ya está hecho, utilizando verbos como conservar, rescatar, recuperar y no desarrollar, no estimular, sin tener en cuenta las capacidades de innovación que hay ahí mismo" (pág. 50). Uno de los aportes más importantes de Jesús Martín Barbero, al lado de otros investigadores latinoamericanos como Néstor García Canclini, es haber cuestionado "una concepción de cultura e identidad cultural de tipo metafísico donde la identidad estaría dada en algún momento de la historia y se debería ser fiel a ella" (pág. 52), haber dejado de "considerar las culturas como esencias, como fidelidades que están por encima del tiempo y del espacio" (pág. 17).



Qué lejos han quedado los estudios centrados en los medios y en las tecnologías, en este país paradójico —como señala el autor—, donde el desarrollo de las tecnologías de la comunicación, de los medios —en especial de la radio y la televisión—, es tan grande, mientras que la convivencia entre las diversas comunidades que lo pueblan pre-

senta quiebres y abismos tan profundos, con una comunicación empobrecida, degradada, destruida (pág. 64). El libro se ha constituido en un espacio para reflexionar el lugar del emisor como el lugar de su cultura, "como el espacio de conflictos entre lo hegemónico y lo subalterno, entre las modernidades y las tradiciones, entre las imposiciones y las apropiaciones" (pág. 68), para estudiar "la recepción como un campo de exclusiones, de deslegitimaciones" (pág. 69). En un lugar para hacer estudios sobre lo cultural; donde confluyen los objetos de estudio de diferentes disciplinas, en aras de una comprensión de la vida de cada día, sin exclusiones, con una estética de cara a los quiebres y las fisuras que viven hoy las sociedades latinoamericanas y con una ética enraizada en lo cotidiano, parafraseando a Seamus Heaney.

BEATRIZ RESTREPO RESTREPO

Aún escucho la voz de mi abuela

Màgutá, la gente pescada por Yoí
Hugo Armando Camacho González (autor
compilador)

Tercer Mundo Editores, Santafé de
Bogotá, 1995, 260 págs.

La palabra *Màgutá* hace referencia a la gente que fue pescada hace muchos años en la quebrada *Iewarel*, por Yoí. Esa gente es la que actualmente conforma los tikunas, una de las pocas culturas indígenas que han sobrevivido a los sucesivos ciclos de explotación que se han dado en la Amazonia. Y como parte de sus estrategias para seguir vivos, han iniciado un proceso de reafirmación y recuperación cultural en múltiples sentidos; uno de ellos es el que se recoge en este libro. Se trata de la investigación adelantada por el antropólogo Hugo Armando Camacho (Bogotá, 1965), interlocutor y amigo de los tikunas. Su trabajo recibió, en 1994, el Premio Nacional de Cultura en la modalidad de antropología, otor-